

Sexología

No solo de pan...

Franca revisión del origen de numerosos fracasos en la relación matrimonial: los reconocidos y los pudorosamente ocultos.

El sexo feliz no constituye una condición suficiente para una relación de pareja plena, pero sí una condición necesaria. Quizá muchos piensen que exageramos; que es posible que eso sea relativamente cierto para gente muy joven, en plena eclosión erótica y emocional. Y que cualquiera que mire a su alrededor advertirá que está rodeado de matrimonios en los cuales el sexo no parece jugar, ni remotamente, un papel tan decisivo.

Por otra parte, si queremos ser consecuentes, tendríamos que sacar ciertas conclusiones de lo ya dicho. Si hemos establecido que de cada diez mujeres, siete u ocho son frías, ¿será necesario admitir que un porcentaje equivalente de parejas son infelices, conflictivas, o están simplemente aburridas o hastiadas

de la relación?

Pues sí. Nosotros sostenemos que sí, que esos son los porcentajes reales de infelicidad amorosa y matrimonial; que esa es "la verdad verdadera", que explica por qué se está hablando cada vez más de la crisis de la institución matrimonial.

Si sólo se mantuvieran unidas las parejas que viven una relación erótica y sexual plena, los porcentajes de separación y de divorcio se elevarían vertiginosamente. Estamos convencidos de que, si nos atenemos a la "realidad-tal-cual-es", no tendremos más remedio que reconocer que "el matrimonio convencional es la muerte, lenta pero segura, del amor" y que, como señalamos en otro lugar: "Por algo las películas y las novelas de amor terminan siempre con el matrimonio de los enamorados y nunca comienzan con él. Porque con el matrimonio convencional comienza el crepúsculo del amor".

El matrimonio: ¿una relación utilitaria?

¿Por qué se mantienen unidas, entonces, tantas parejas que han dejado de amarse? La explicación no es difícil, aunque pueda resultar bastante sórdida. Algo nos dice el concepto mismo de "matrimonio convencional" o de "matrimonio tradicional". En efecto, la continuidad de las parejas, en el ambiguo

mundo social en que vivimos, se afirma en razones puramente convencionales, en "puras conveniencias".

Lo que empezó con toda la euforia del amor, se continuará con la fría especulación del cálculo. Cuando el sexo, el erotismo y la emoción empiecen a decaer, será el turno de las dudas. Y, tras las dudas, se instalarán las certezas dolorosas. Pero, y aquí aparece la verdadera explicación, junto a unas y otras aparecerá, también, la conciencia del peligro de una revisión.

En cada hombre y en cada mujer, el "contador" y el "tenedor de libros" que todos llevamos dentro sacará a relucir, entonces, su calculadora y empezará el balance, repetido hasta el infinito, de conveniencias y de inconveniencias, de pros y de contras.

El resultado será casi siempre el mismo: el balance nos convencerá de que son tantos los inconvenientes que es preferible "seguir tirando".

Volviendo a nuestra afirmación inicial: en todo este proceso, la falta o la pobreza de sexo son realmente decisivas. Recurramos a una analogía gruesa pero elocuente. Pensemos qué ocurre con la comida, con el hambre y con la sed. ¿Es la comida tan importante en la vida de la gente? ¿Vivimos para comer? Indudablemente no; por lo menos así pensamos los que comemos todos los días. Hay cosas que nos parecen mucho más trascendentes, más prioritarias que co-

mer.

Casi nadie piensa en la comida cuando tiene el refrigerador bien abastecido. Incluso cada vez son más los que se imponen ascéticas dietas adelgazantes. Pero ¿qué sucede cuando una cosa tan obvia como el alimento cotidiano empieza a escasear? ¿Y qué cuando empieza a faltar absolutamente, o cuando el alimento resulta incomedible?

Pues bien: con el sexo pasa algo bastante parecido a lo que pasa con la comida. Dejemos hoy el tema por aquí, recordando simplemente que los sueños de los prisioneros en los campos de concentración tenían que ver con alimentos y que en los de muchos pacientes de Freud y sus discípulos intervienen símbolos y represiones de origen sexual.



Arnaldo Gomersoro

Informática

Una mirada a los vecinos

El desarrollo nacional basado en el impulso de nuevos productos y servicios en el área de la informática, debe ser parte de un desarrollo coordinado de toda América Latina

Hemos señalado ya que los años venideros traerán consigo mercados diferentes, como consecuencia de la transformación de las industrias, y un aire cultural diferente, como resultado previsible del advenimiento de la sociedad de la información.

¿Cuándo se deberán tomar las decisiones concernientes a la realidad que nos espera a la vuelta de la década? Evidentemente no cuando nos demos de bruces con ella, pues el desarrollo tecnológico no toma en cuenta a los rezagados. Es preciso prever las nuevas tendencias, de modo de poder aprovechar de éstas lo mejor que ofrecen, sin esperar a heredarlas de centros que estarán tan fuera de forma como de fecha.

No se nos ocultan las dificultades: nuestro país carece por completo de políticas de informática y el juego lo dominan las compañías transnacionales,

con sus conocidos mecanismos: en el Uruguay se venden computadoras que ya no se fabrican en los países de origen, algunas compañías cobran por ampliar una computadora más de lo que en el extranjero cuesta comprar una nueva, y así por el estilo.

Los únicos países de la región que han conformado infraestructuras e cierta significación en informática son Brasil y México, aunque siguen estando a años luz de los países industrializados. México tiene un mercado de computadoras que representa la cuarta parte de las ventas totales de América Latina, pero que no llega a ser el uno por ciento (1 por ciento) del mercado de los Estados Unidos (!!). Este solo dato sirve para dar una buena idea de la brecha existente en esta materia entre nosotros y los polos capitalistas industrializados.

Un balance muy provisorio

En 1975, Brasil nacionalizó la producción de las llamadas minicomputadoras, o sea equipos con precios que oscilan entre los 20.000 y los 200.000 dólares. Un año después, México fijó cuotas a las importaciones de computadoras y equipos de telecomunicaciones, a fin de incentivar la integración local de tecnología. En años recientes, Chile dio los primeros pasos latinoamericanos en la producción de software (parte no mecánica de los equipos, como programas, diseño, instalación, etc.), y Argentina creó centros piloto de desarrollo de proyectos de ingeniería.

Las medidas proteccionistas de Brasil acarrearán resultados positivos en cuanto a creación de empleo, transferencia de know how y, sobre todo, una conciencia generalizada del desafío informático. Siete años después, sin embargo, se han planteado allí algunas dudas sobre la viabilidad o sobre el acierto de esas medidas. Hay quienes se preguntan si el proteccionismo en este campo es la respuesta más viable, sobre todo a largo plazo.

Debido a la reserva de mercado practicada por Brasil, las empresas de ese país deben pagar por sus computadoras precios más altos que los vigentes

en el mercado internacional. Pero ocurre algo más preocupante aún: el hecho de que se ha impedido la producción en ciertas áreas, a los efectos de dar prioridad a aquellos productos que supuestamente serían de mayor aplicación en el Brasil. Ello entraña algunos riesgos, puesto que ninguna medida de orden burocrático habría podido prever (por ejemplo) el boom de los microcomputadores y los microprocesadores.

A lo largo de las discusiones y las ponencias registradas en diferentes foros y congresos, se han vertido sobre el tema que hoy nos ocupa algunas opiniones que parece útil recoger y difundir. Entre ellas seleccionamos las siguientes:

- * América Latina necesita desarrollar su propia capacidad tecnológica en materia de computación y de comunicaciones.
- * Toda infraestructura industrial al respecto deberá responder, para que sea viable a largo plazo, a un esfuerzo coordinado entre los países de la región.
- * El proyecto de desarrollo implícito exigirá una redefinición del sistema educativo, para que propicie la creación de técnicos para las nuevas industrias y de ciudadanos para la nueva sociedad.

Jorge Grunberg

Tercera edad

¿A partir de cuándo se es viejo?

Para el territorio de la vejez no existen fronteras precisas, sino elásticos criterios de comparación que varían... con el tiempo

La campana anunció la terminación de la primera clase que recibían en el liceo. Varios alumnos la comentaban. Algunos querían saber cómo se llamaba el profesor. La respuesta no demoró: "El viejo se llama Eduardo C. ...". Eduardo, el proveyecto profesor, tiene 27 años; es un estudiante universitario que próximamente habrá de terminar sus estudios.

Ese mismo día, Eduardo había concurrido, en la Facultad a la clase que había dictado el Profesor Carlos S. ... También comentó, con algunos compañeros, la calidad de la clase impartida por "el viejo", un profesor de 45 años. A su vez, este docente cataloga como "viejos" a sus colegas de grado superior, en especial si están cerca de retirarse de

la enseñanza.

Fuera de la actividad intelectual esta conducta es siempre la misma, ocurra en el barrio, en la fábrica o en la oficina. ¿Tiene alguna explicación esta forma de catalogar a los demás? ¿Es válido que tan sólo 15 años de diferencia entre dos personas autoricen al más joven a tildar de "viejo" al mayor? Para poder contestar esta pregunta tendríamos que ponernos todos de acuerdo en definir con la mayor precisión la condición de "viejo".

No olvidemos en ningún momento que el proceso de envejecimiento comienza desde el momento mismo en que somos concebidos por nuestros progenitores. Desde ese instante, cada día que transcurre somos más viejos. En idioma inglés, cuando a alguien se le pregunta la edad, se le dice: "How old are you?", lo que viene a significar, aunque no literalmente: "¿Cuántos años de viejo tiene usted?"

Parece claro que el temperamento de contabilizar los años vividos no es el más adecuado para determinar la calificación de "viejo". ¿No sería más sensato tomar en cuenta la proximidad con los años del promedio de vida? Hasta hace relativamente poco tiempo el promedio de vida de la población era de 35 ó 40 años. En ese entonces, ¿se llamaba "viejo" al que se aproximaba a esa edad promedio? No, no se le consideraba viejos por ese hecho. Viejos eran los que superaban largamente la cifra promedio.

En la actualidad, ésta supera notoriamente la pretendida para el comienzo de la tercera edad. La muerte a los 35 ó 40 años no sobreviene por vejez, sino por causa de enfermedades (no ligadas al envejecimiento), no curables entonces y por epidemias muy extendidas y no controlables todavía.

No nos confundamos

¿Podríamos afirmar que llegamos a viejos cuando somos portadores de alguna invalidez física importante que nos vuelva dependientes? Si aceptamos este criterio, habría que establecer con exactitud el grado de dependencia. Si no; correríamos el riesgo de aumentar arbitrariamente el grupo social de los viejos, y con ello sus consecuencias.

Beethoven, que murió antes de llegar a los 60 años, y que a los 26 comenzó a desarrollar su progresiva sordera, ¿era un viejo desde entonces? Roosevelt, parálisis desde los 39 años ¿fue considerado un viejo desde 1921, aunque haya muerto en 1945 a los 63 años?

Los cambios que se producen en nuestro intelecto ¿son por sí mismos los que determinan las diferencias entre viejos y no viejos? Hemos visto anteriormente que mientras algunas de nuestras facultades permanecen incambiadas, otras solamente manifiestan un cambio en la velocidad de sus manifestaciones. Este enlentecimiento, aunque no conduce necesariamente a una alteración de

los resultados, puede condicionar un desfase con los restantes grupos etarios de la sociedad. Si este desfase fuera decisivo para la catalogación de grupos de congéneres dentro de la clase de los viejos, no podría valorarse correctamente sin tomar en cuenta los cambios que ocurren en la propia sociedad.

Sumemos, a lo ya mencionado simplemente como enumeración, todos aquellos aspectos que contribuyen a constituir nuestra forma de vida. Que cada cual pueda conducir su propio análisis autocrítico. Es seguro que coincidiremos en que cada uno envejece según la manera como ha vivido. Una vida plenamente vivida, con satisfacciones, conduce con más probabilidad a un envejecimiento lento y tardío. Una vida frustrada y oprimida no contribuye en cambio a enlentecerlo.



Herold M. Poletti